

ANTONIO TASSI

MAYOR DEL EJÉRCITO ARGENTINO



Ha producido suma satisfacción entre las muchas amistades y relaciones con que cuenta, tanto en la Corte como en Barcelona, este joven é ilustrado hijo del Plata, la noticia de habersele conferido por nuestro gobierno la cruz de segunda clase del mérito militar, y nos ha deparado particularmente la ocasión que ha tiempo deseábamos de publicar, con oportunidad, su retrato y consagrar algunas líneas á su persona, por más de un concepto distinguida y digna de aprecio.

Venido á Madrid para completar sus estudios, ingresó en la Escuela Superior de Guerra, de la cual á los tres años salió provisto del diploma de oficial de Estado Mayor, después de unos exámenes tan brillantes que el tribunal decidió ponerse en pie y felicitar al aprovechado alumno argentino.

El grado que actualmente ostenta en su patria, demuestra que su talento y aplicación han obtenido la debida recompensa, y permiten augurarle un brillante porvenir en su noble carrera.

Aquellos tres años de comunidad con los españoles, formaron época en su corazón, engendrando un cariño que no ha logrado enfriar la distancia; que, por el contrario, ha manifestado sus dolorosos latidos al contrastarse los vientos de la adversidad contra nuestra desdichada nación.

Véanse los siguientes párrafos de la obra que, en varios volúmenes, con el título «Apuntes sobre instituciones y prácticas militares en España» y editada en Madrid, publica Antonio Tassi; por la cual podrán aquilatar nuestros lectores el grado de estimación en que tiene á nuestra tierra: á la que hoy correspondemos haciendo justicia á ese leal amigo de España.

«Aprovecho el momento de estancia en el cuartel de Estandarte, que así se llama por conservarse en él el Estandarte del Regimiento, para examinar la hermosa enseña. Una honda pena dominaba mi espíritu al contemplar ese Estandarte, de un pedazo, el más heroico de la vieja Europa, cuyos colores cobijaron las más grandes empresas, los rasgos

más salientes del heroísmo, y la sustentan los hijos de un pueblo caballeresco y noble á quien los helados cierzos del infortunio no le han enseñado que por el honor se debe envainar la espada...

»Pensé que la misma había flameado en las riberas del Plata y en los valles de mi patria, como la voz de los padres domina en el hogar y en la edad pequeña; pensé en que se arrió cuando el niño se hizo hombre, en lucha igual y caballeresca, en que á vencidos y vencedores había que decirles ¡honor! y que la evolución lógica, histórica, se había efectuado; pero al mismo tiempo me decía que no volvió enlutada por la codicia sin nombre de un pueblo y la indiferencia de otros que se inclinan ante el más bárbaro de los despojos y la más cruel de las injusticias que la historia de la civilización ha de recordar á las generaciones venideras.

»Esa enseña, me dije, será siempre gloriosa, aun cuando las desdichas la azoten y los vendavales del infortunio la coloquen lazos de crespón. Tan grandes son los que cayeron el 98 y tienen por lápida las ondas agitadas del Atlántico, allá en las márgenes que pisó Colón, como los vencedores de Lepanto y los vencidos de Trafalgar.

»Atravesé los umbrales de esa habitación, renovando las tristes reflexiones que sugirieron mi espíritu desde aquel día en que todos los adelantos, todas las conquistas de la civilización y del derecho en el siglo XIX parecen debilitarse, ante los nubarrones que en el porvenir presiente la imaginación, y ante aquel atentado, que subleva toda conciencia honrada, oscurece el siglo de las Luces y refleja siniestros resplandores en la vida de pueblos que tienen el derecho de ser respetados, porque de ellos surgió la luz de la civilización y porque su historia registra hechos, heroísmos, virtudes, para perpetuar las cuales no se ha inventado todavía un metal perdurable como ellos.»

Sea este pequeño artículo expresión sincera del afecto que nos inspira el ilustrado Mayor del ejército argentino.

NO DESPERTAR!

Tendió la tarde su velo;
cerróse la negra herida
que en la tierra removida
produjera el azadón;
y al contemplar una fase
de la humana desventura,
quedó un fondo de amargura
lastimando el corazón.

Se llevaron los amigos
aquel paternal anhelo
que dejaba en aquel suelo
su dicha y su juventud;
y allí quedaba la niña,
relatando sus amores
á las olorosas flores
que llenaban su atadú.

El crepúsculo sombrío,
el silencio que reinaba,
la muerte que me cercaba,
me hicieron reflexionar:
¡Es tan breve la ventura,
es el mundo tan pequeño,
que si la vida es un sueño...
más vale no despertar!

«¿Qué son las glorias mundanas,
el lujo y los devaneos,
los afanes y escarceos
del interesado amor?
Luz fugaz y engañadora
que cabalmente deslumbra
en esa vaga penumbra
en que germina el dolor.

«¿Qué duración tener puede
en el curso de la vida
la belleza que convida



FRANCISCO CARVAJAL RODRÍGUEZ

El maestro Carvajal, autor de la pieza de música que acompaña á este número, no es un desconocido. En la Coruña, su pueblo natal, se le aprecia como compositor inspiradísimo. Su música dulce y tierna como la poesía que exhalan de su seno las campañas gallegas cautiva en tal forma que el espíritu se rinde involuntariamente á la sugestión producida por la audición de sus obras.

La prensa gallega y la madrileña se han ocupado de este aplaudido compositor. Su primera composición se titula: «A unos bellos ojos» que fué interpretada en la Coruña en 13 de Enero de 1878. Desde esta fecha ha produ-

cido sin interrupción muchas y valiosas composiciones que ejecutaron diferentes bandas militares, entre las que podemos citar una «Tanda de vases» «Flor entre flores», la Muñeira, «El amanecer», la Danza, «Mis ensueños», la Gran mazurka de salón, «La Sensitiva», y otras obras de igual mérito.

La *Ilustración Musical Hispano-Americana*, de Barcelona, publicó la Muñeira de Carvajal titulada «No lugar de Vilanovas».

El maestro Carvajal, ha sido condecorado con la cruz del mérito artístico de primera clase y el gran diploma de honor, con el nombramiento de Miembro de la Academia Musical, Científica y Literaria de Hainaut.

á la fiebre del placer?
El imaginario brillo
de flor de un día que, ufana,
sin alcanzar el mañana,
no tuvo tampoco ayer.

Por eso, cuando recuerdo
aquella tarde sombría
en que el corazón latía
el silencio al escuchar;
pensando en la pobre muerta,
me repito con empeño,
que si la vida es un sueño...
¡más vale no despertar!

Han pasado muchos días;
el humano torbellino
ha desecado el camino
que me tocaba seguir;
y, á veces, cuando renace
un paréntesis de calma,
siento bullir en mi alma
la alegría del vivir.

Pero cuando sopla el cierzo,
y el granizo en los cristales
las rapsodias invernales
preludia con triste sòn;
cuando la pálida luna
sobre la tierra cansada
vierte su luz nacarada
por opalino girón,
pienso en la muda elocuencia
de aquel dolor concentrado,
y en el cuerpo abandonado;
y, sin poderlo evitar,
me recuerda el desencanto,
de mi pesimismo dueño...
¡que si la vida es un sueño,
más vale no despertar!

FLORENCIA VILASECA

A OJOS CERRADOS

Hacia tiempo que deseaba pasar una noche en la Alhambra. Durante largos años había acariciado en mi mente la enloquecedora idea de anegarme, por decirlo así, una noche entera y completamente solo, en la contemplación de los múltiples misterios de aquella maravilla.

Ansiaba pasear por sus encantados bosques, oír el murmullo de los arroyos al correr y deslizarse entre verjeles, ver desgranarse el agua de los surtidores de las fuentes en sus tazas de mármol, respirar aquel ambiente embalsamado y embelesarme, por fin, con el armonioso canto de amor de los ruiseñores.

Quería sorprender el grandioso monumento en su quietud y reposo, alietargado en el sueño melancólico de su grandeza.

Era una noche verdaderamente hermosa, de esas que ofrece el verano en Granada, y que sólo se disfrutan con toda su plenitud en esta privilegiada y bendita tierra.

La luna, con su redonda faz blanca y serena, ascendía majestuosamente por un cielo sin nubes, iluminando con los plateados rayos de su luz poética y misteriosa los setos de flores, los enarenados paseos y los rojizos torreones.

El bosque hallábase poblado de ruidos extraños y casi imperceptibles, que ora semejaban quejidos y angustiosos lamentos, ora remedaban tiernos suspiros y besos de amor, ó aleteo de invisibles é impalpables alas.

Un olor suave y característicamente moruno, un aroma sensual y de profunda molice, impregnado de dulces gérmenes de voluptuosidad, acariciaba mi rostro y con sus estelas despertaba algo extraño en mi alma, desde lo más íntimo y sensible de sus fibras.

Poco á poco fuése apoderando de mí sér una especie de laxitud y dejándome caer sobre un asiento de piedra, frente al histórico palacio de Carlos V, entorné los ojos y me dispuse á pasar el resto de la noche abstraído, soñando y bebiendo á raudales la poesía de aquel sitio encantador.

La luz de la luna hacía prodigios de sombra y alargaba indefinidamente las siluetas de los árboles y los macizos de arrayán.

Mi vida afanábase por descubrir escenas de sucesos que fueron. Las ideas giraban vertiginosamente en mi cerebro é iban, sin yo apercibirme de ello, tomando forma tangible...

Y vi alzarse en el sitio que ocupa el palacio de Carlos de Alemania, el antiguo de los Nazaritas, aquél fundado por el magnífico Ben-Jusef-Nazar-Alhamar, el de Arjona.

Asistí á una zambra ó noche de Leila. Y vi jardines esmaltados de olorosas y frescas flores; calados ajimeces, camarines misteriosos y perfumados, delgadas columnas de pórfido y jaspé, bordados templete, elevados y prismáticos techos de estalactitas; y por aquellos ubérrimos jardines orientales, enclava los dentro del mágico recinto, contemplé átonito negros eunucos, resplandecientes cabelleras árabes de ojos de fuego y rizada barba, envueltos en blanquísimos alquiceles, y hermosísimas y lánguidas odaliscas, blandamente recostadas en mullidos almohadones, cubiertas con vaporosas gasas, tules y sedas, maizados de vivos colores, con los menudos pies hundidos en bordadas Alkatifas.

Percibía el rumor de la fiesta, el resbalar de los chapines de seda sobre el mármoreo pavimento, y oía los armoniosos ecos de las guz-las y los telles.

Y todo, esto envuelto en una especie de neblina producida por los exóticos perfumes que se quemaban en pebeteros de oro.

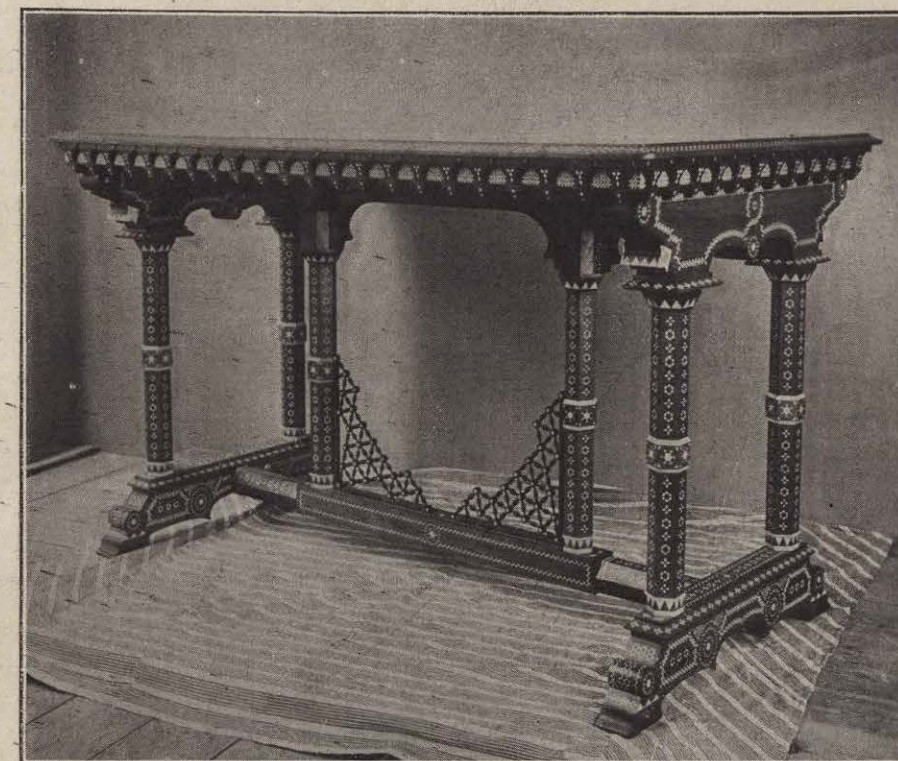
Aquella visión espléndida, como dulce ensueño de color de rosa, fué borrando paulatinamente y esfumándose en la obscuridad.

Amanecía. La legendaria y típica Campana de la Vela dió sus toques de despedida.

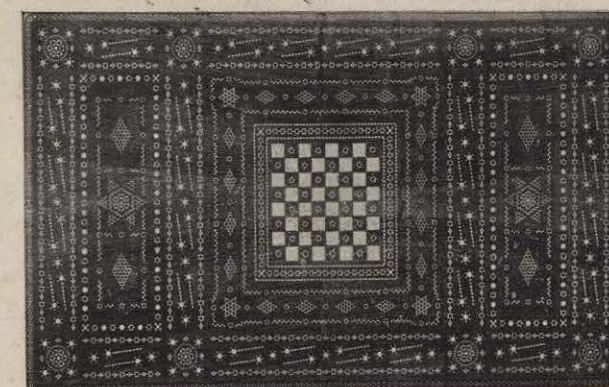
Largos y flotantes pabellones de escarlata, iban condensando hacia el Oriente, y una luz tenue é indecisa como la sonrisa de una virgen, empezó á delinear aquel bosque incomparable. Los nardos, las rosas y los claveles, exbalaron en aquel delicioso momento sus más preciados y delicados aromas. La luz, cada vez más perceptible, aparecía cernida á través del espléndido follaje. Los pájaros entonaron su más armonioso canto. Las flores y las plantas esponjaron sus hojas y sus tallos, ansiosas de disfrutar el primer beso del astro rey.

Avanza la mañana. De pronto, un haz de chispas de oro, resbaló sobre las copas de los árboles, y doró los techos, las cúpulas y las torres. Había salido el sol... Era de día...

MIGUEL ALDERETE GONZÁLEZ



Mesa de nogal taraceada, estilo hispano-árabe, llamado mudejar, perteneciente á la colección del Dr. VIÑETA BELLASERRA; construída en los talleres de D. JUAN PUIGDENGOLAS.



Tablero de la misma.

BELLAS ARTES

ARCADIO Más da una nueva prueba de su maestría en el manejo de la pintura al pastel, con el elegante cuadrito que figura en la primera plana de este número.

Trazado con el donaire y ligereza de un apunte, está lo suficientemente hecho para que puedan adquirir calidad los objetos; y á pesar de su sencillez contraste de tonalidades, descúbrese en las infinitas gradaciones azules, desde el cobalto puro del mar á las transparentes medias tintas del vestido blanco de la mujer del primer término, la potencia colorista del autor.

El ALBUM SALÓN se honra esta vez con dos cuadros, debidos al distinguido profesor mallorquín Antonio Ribas, poseedor de una técnica magistral que le proclama por uno de los más escogidos talentos de la notable escuela balear.

Las dos excelentes marinas que publicamos están aquí para demostrarlo. En la que representa una playa de pescadores, hace gala de un conocimiento profundo del dibujo, la luz y la perspectiva, resolviéndose los distintos planos con tan perfecta simultaneidad que el ojo más exigente nada encuentra que objetar en él; desde las barcas, sobria y correctamente modeladas, hasta las esfumadas cúspides de la famosa catedral.

En la otra, dos figuras de pescadores, un muchacho y una muchacha, constituyen el idílico tema principal, siendo en realidad el fondo de agua y cielo bastante más que un accesorio; tan justas aparecen las calidades de ambos elementos.

La doble página central, por voluntaria cortesía, viene monopolizada por tres artículos de una distinguida dama y escritora: la Condesa del Castellá. Para honrar dignamente sus escritos *Covadonga*, *Zaragoza* y *Montserrat*, el aventajado artista Gaspar Camps ha compuesto un tríptico simbólico, en el que ha derrochado todas las galas de imaginación que le han dado justo renombre en este género de composiciones. Sin descartar el adorno, hemos de llamar la atención sobre las hermosas cabezas que ocupan los medios puntos, de una belleza superior á todo encomio.

Cierra el número un estudio de cabeza al sol, debido al pintor catalán J. Nogué, que reside habitualmente en Madrid. Trátase de un ligero apunte sin pretensiones, anticipo de otros trabajos de mayor importancia, que nos obligarán á hablar más extensamente de este artista, á su debido tiempo.

FRANCISCO CASANOVAS



MARINA (PALMA DE MALLORCA).

Salón París.

EL DIA DE DIFUNTOS

Las generaciones pasan y vuelven, como semilla que el huracán del tiempo disemina sobre el planeta para que en él germine y renazca á nueva vida.

Y así se suceden de continuo, desapareciendo apenas aparecen, pasando por medio de rápidas evoluciones, de pigmeas á gigantes, de la infancia á la ancianidad, del *ser* al *no ser*.

¡El *no ser*! He aquí el problema de la vida.

La válvula por donde ésta se escurre, ora bajo la figura del niño, ora tras la mueca del anciano, ora gentilmente escorzada en la silueta de la doncella amante.

El *no ser*, la muerte, como vulgarmente la llamamos, es la visita que, sin necesidad de anunciarse, espera toda criatura.

No precisa el instante, no anuncia la hora, pero acude infaliblemente á su cita.

Al realizarse ésta, nos ofrece reverenciosamente su casa, su mansión suntuosa: el cementerio.

En ella guarda albergues de todos géneros, desde el aislado panteón al nicho sociable, desde el mausoleo soberbio á la humilde fosa común.

Entre los tales, podemos elegir el que mejor nos plazca ó, lo que no es igual, el que más convenga á nuestros bolsillos.

Porque la muerte, que no es nada interesada ni nada quiere, una vez obtiene su presa, consiente, sin embargo, en ser cumplimentada por los vivos y gusta de su culto y de la pompa y ornamentación con que aquéllos la agasajan.

Y cuando tal sucede es, preferentemente, el día 2 de Noviembre, Conmemoración de los fieles Difuntos.

Inmóviles, en actitud supina, desde sus sepulcros aguardan nuestra visita.

Y allá nos vamos. ¡Bah! ¿quién no tiene «sus muertos»?

¿Qué corazón no habrá sufrido el descalabro de algún sér querido, cuyo recuerdo el tiempo suaviza, pero no borra?

Sí, es necesaria á los vivos la expansión de ir, por lo menos una vez al año, á visitar las tumbas de aquellos á quienes les unió algún vínculo ó parentesco.

Ya, como antaño se hacía, no van las gentes á tragar y á beber junto á los muertos, sino á rezar y á sentir.

El día de Difuntos es sagrado.

En los templos es exaltada su memoria desde la primera misa.

En los hogares se encienden luces dedicadas á las almas.

Personas hay que pasan todo el día custodiándolas, alucinados por la idea de que los manes queridos discurren por la casa, para acompañarlas y hablarlas quedamente.

Cada cementerio se convierte en un lugar fastuosamente idílico, en una mansión en extremo poética.

De cada sepulcro parece fluir una neblina compacta, de recuerdos tristes, de imágenes seductoras, que evoca transitoriamente la imaginación calurosa.

En torno de cada tumba acumula el sentimiento, con plasticidad exuberante, su memoria, por medio de un retrato, de una corona, de una flor, de un lazo...

Se explica así que, una vez al año, la mansión de la muerte se ve invadida por la vida.

En sus calles desiertas, en donde no se oyerá más voz que la de los sauces, hostigados por el viento, ó la que produce el agua al despeñarse, deja un prolongado rumor la huella humana.

La misma gente moza, que sólo á curiosar ha ido al cementerio, se siente emocionada al pasar por junto á una tumba, en donde el amor ha dejado un detalle, una señal cualquiera.

Y es que acaso recuerda á la madre, al hermano ó la mujer amada que perdió...

La profusión de obras monumentales, de alegorías excelsas en que la idea cobra cuerpo al esculpir en el frío mármol y en el bronce durísimo la expresión del calor y de la vida; la luz sublime sobre la que se abrazan amorosamente el jazmín y la madreselva; el ángel que diríamos que asciende, la virgen que nos sonríe, mostrándonos en una mano la divina palma y con el índice de la otra el firmamento; la corona de laurel consagrada al genio; el ramo de siemprevivas que trasciende á mil ósculos amantes... todo ese idólatra culto, en fin, con que se engalana la mansión de los muertos, es visión plástica que, á la vez que seduce nuestros sentidos, nos aguzá el espíritu y nos exalta en el pensamiento las maravillas que de esta naturaleza posee el universo.

Innumerables son, y testimonio de ellas las Catedrales de Toledo, de Burgos, de Avila, de Tarragona, etc.

Pero lo que más intriga á la fantasía es lo remoto.

Al través de los siglos y por cima de los sepulcros de ilustres progenitores, el espíritu indagador se remonta en busca siempre de un más allá: desentraña los hechos, halla tras el velo de la posteridad el testimonio de lo que fué, y en la contemplación se enajena de los monumentos anti-
guos, alucinado por un sentimiento puramente de arte.

Para esto el Egipto, cuna de las grandezas, le ofrece sus inmortales pirámides, lugares cuyos sarcófagos suntuosos indican que fueron dedicados á la muerte.

Y es que los egipcios daban á ésta un valor primordial y semejante, hasta cierto punto, al prescrito por nuestra religión. También ellos creían en la inmortalidad del alma, que hallaba su símbolo en el *ave fenix*, de igual modo que lo encuentra nuestra creencia en la Fe.

Pero la noche se echa encima á grandes pasos y los vivos suspenden sus oraciones, secan sus lágrimas y se apresuran á abandonar á los

muertos, disponiéndose á satisfacer otras necesidades que aquéllos ya no tienen.

Rasgando el nublado, aparecen en el cielo algunas estrellas curiosas, titilantes, como ojos que quisiesen escudriñar el efecto que causa á los muertos aquel súbito abandono...

Ya el ángel de la muerte vuelve á cobijar con sus inmensas alas el cementerio, imponiendo silencio. Diríase que en torno suyo, como á los pies de la estatua de Isis, flotan estas palabras:

D. JUAN TENORIO
Escultura de AGUSTÍN QUEROL.

«Yo soy todo lo que es, todo lo que ha sido, todo lo que será: ningún mortal ha levantado el velo que me cubre.»

Y á sus plantas la tierra y los mares se arrastran, como tumbas fabulosas que esperan sus dictámenes y en cuyo seno fecundo se desenvuelve el germen de la vida.

Porque ésta, en la balanza del *ser* y del *no ser*, ejerce presión constante, y en el mismo cementerio se columpia, sostenida por el amor, en aquellos dormidos sauces que dan sombra á las tumbas.

JOSEFA CODINA UMBERT